

LA LLAMADA AL DISCIPULADO

March 1, 2010

Hunt, Dave

De un llamado urgente a una fe seria

Vemos en la Palabra de Dios que a los pecadores perdidos se les ofrece el perdón de todos los pecados (pasado, presente y futuro) y la vida eterna como un regalo gratuito de la gracia de Dios en virtud de la obra redentora de Cristo en la cruz y su resurrección corporal. Para recibir estos regalos invaluable, uno solo necesita creer en el evangelio: ese es un pecador que merece el juicio de Dios e incapaz por su propio esfuerzo, ritual religioso o cualquier otro medio para ganar o merecer la salvación, incluso en parte; y que Cristo pagó la deuda completa que la justicia de Dios exige por el pecado del hombre. Por supuesto, uno debe creer el evangelio no solo como un hecho histórico sino hasta el punto de colocar la fe de uno completamente en el Señor Jesucristo como Salvador personal por la eternidad.

Cristo dirigió a sus discípulos a predicar las buenas nuevas del evangelio a todos en todas partes. Este mandato a sus seguidores originales se conoce como la "Gran Comisión". Se declara de dos maneras: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio" (Marcos: 16: 15; y "hacer discípulos" (Mateo: 28: 19-20 [19] NASB). Los que predicán el evangelio deben discipular a los que lo creen. Nacido de nuevo por el Espíritu de Dios en su familia (Juan: 3: 3-5; 1 Juan: 3: 2): los conversos comienzan una nueva vida como seguidores de Cristo, ansiosos por aprender de Él y obedecer a Aquel a quien ahora tienen una deuda infinita de gratitud.

Cristo advirtió que algunos parecerían recibir el evangelio con gran entusiasmo solo para enredarse en el mundo, desanimarse y desilusionarse. Eventualmente volverían a dejar de seguirlo. Muchos mantienen una fachada de cristianismo sin realidad interna, engañando tal vez incluso a sí mismos. Nunca completamente convencidos en sus corazones, no están dispuestos a admitir su incredulidad. "Examinense", advirtió Pablo, "si estáis en la fe" (2 Corintios: 13: 5).

De aquellos que son genuinos, muy pocos son capaces de dar una razón para la esperanza que hay en ellos (1 Pedro: 3: 15) ¿Cuántos cristianos son capaces de convencer convincentemente a un ateo, budista, hindú, musulmán o de la Nueva Era, con evidencia abrumadora y una razón sólida de las Escrituras? La Palabra de Dios es la espada del Espíritu, pero pocos lo saben lo suficiente como para calmar sus propias dudas, mucho menos para convertir a otros.

Una de las mayores necesidades de hoy es una enseñanza bíblica sólida que produzca discípulos que sean capaces de "luchar fervientemente por la fe una vez [para todos] entregada a los santos" (Judas 3). Esa fe por la cual debemos luchar fue entregada por Cristo a los doce discípulos originales, quienes debían enseñar a aquellos a quienes evangelizaron "a observar todas las cosas" que Cristo les había mandado.

A través de las generaciones sucesivas (comenzando con los discípulos originales y los que trajeron a la fe en Cristo y discipulados) de los que le han ganado y que a su vez, en obediencia a su Señor, discipularon a otros, esta cadena de mando ininterrumpida llega abajo a nosotros en nuestro tiempo. No es una clase especial de sacerdotes o clérigos, pero cada cristiano de hoy, como los que han pasado antes, es un sucesor de los apóstoles. ¡Piensa en lo que eso significa!

En el corazón del llamado de Cristo al discipulado está la aplicación diaria de su cruz en la vida del creyente. Sin embargo, rara vez se escucha en los círculos evangélicos la declaración definitiva de Cristo: "Y cualquiera que no lleve su cruz y venga después de mí . [y] no abandona todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo" (Lucas: 14: 27- 33).

El llamado al discipulado debe ser enfrentado con honestidad. A través de la cruz morimos para nosotros mismos y comenzamos a vivir para nuestro Señor en poder de resurrección (Gálatas: 2:20). De hecho, la muerte de Cristo en la cruz habría sido un acto vacío si no hubiera dado nueva vida, por ahora y por la eternidad.

a vida de resurrección reconoce a los viejos muertos y no hace provisión para la carne (Romanos: 6:4; 11; 13:14). En lugar de la autoestima popular, Dios nos llama a negarnos a nosotros mismos, a amar la verdad y odiar la locura, agradar a Dios en lugar de otros o de nosotros mismos, sin importar el costo en esta vida. No importa las presiones sociales de lo que otros piensan, dicen o hacen. Debemos estar completamente persuadidos de que lo que Dios piensa y lo que dirá cuando aparezcamos ante Él algún día es lo único que importa.

Como dijo Jim Elliot, uno de los cinco mártires asesinados en Ecuador en 1956, cuando era joven eligió el campo misionero en lugar de las carreras más populares: "No es tonto quien abandona lo que no puede quedarse para ganar lo que no puede perder". " Esa elección solo es lógica si uno cree que el tiempo es corto y la eternidad es interminable. Tal compromiso trae alegría celestial, paz y un cumplimiento que nada de lo que ofrece la tierra puede rivalizar.